IGNACIO CAMACHO

LAS CENIZAS DEL PSOE

El glorioso legado zapaterista no sólo deja un país en quiebra sino que ha reducido a escombros su propio partido

LOS ganadores de las elecciones van a sufrir un serio desgaste en cuanto empiecen a gobernar pero los perdedores han resultado abrasados en un incendio sin supervivientes políticos. El PSOE ha quedado reducido a escombros en seis meses, otra herencia gloriosa del zapaterismo. El presidente del optimismo antropológico no sólo ha despeñado al país por una barranca sino que ha dejado para el arrastre a su propio partido. Ha perdido el Gobierno de la nación, los de las autonomías y casi todos los ayuntamientos, una sangría de votos y de cargos que deja al socialismo en situación práctica de suspensión de pagos. En quiebra política, económica y moral, como la propia España. Pero mientras a la nación al menos le quedaba una alternativa de poder, los socialistas van tener que inventarse la suya porque carecían de oposición interna al liderazgo que los ha destruido y llevado a la ruina.

Detrás de Zapatero no hay nada relevante que no esté chamuscado por las llamas. Rubalcaba pretende seguir el ejemplo de resistencia de Rajoy pero le van a pesar las dimensiones de la derrota, en la que además ha implicado a los dinosaurios del tardofelipismo. Carmen Chacón lleva ahora plomo en los tacones por el resultado de Cataluña. Patxi López ha sido arrollado por los batasunos a quienes se empeñó en abrir paso legal. Los demás barones autonómicos son una colección de perdedores, y Griñán está pendiente de un hilo cada vez más débil. Blanco ha fracasado en su provincia y tiene a los jueces en la nuca. Sólo Bono se apartó a tiempo de la hoguera pero en su huida renunció al acta de diputado y quizás ya sólo pueda aspirar al papel de reina madre. Fuera de esa dirigencia carbonizada no hay más que *zapateritos* como Eduardo Madina, formados a imagen y semejanza de su mentor pero aún más verdes que éste cuando ascendió a la cumbre en otro vacío de poder, en otro marasmo. El liderazgo zapaterista ha resultado devastador y no ha dejado más que un montón de cenizas.

El asunto es preocupante porque, aunque suponga cierta justicia ejemplar sobre los experimentalismos inmaduros, deja a varios millones de ciudadanos sumidos en la orfandad política. Si la izquierda no se reconstruye pronto en la oposición lo va a hacer en la calle, a manos de una amalgama de sindicatos, *indignados* y radicales de inestabilidad inflamable. Para reconstruir el consenso hacen falta al menos dos interlocutores y uno se ha desplomado. En medio de ese estado de *shock* todavía no ha salido nadie a asumir responsabilidades. Rubalcaba esconde las suyas mirando de reojo al número uno y éste le echa la culpa al empedrado de la crisis. La catarsis está pendiente y cuando se produzca no va a ser incruenta. El problema es que de un caos similar —después de un fracaso menor que éste, por cierto— surgió el bisoño mesianismo que ha derivado en catástrofe. Y casi nunca se aprende de la experiencia.